

Hipócrates

Sobre la enfermedad sagrada

Traducción de José Alsina

I. — A propósito de la llamada enfermedad sagrada he aquí lo que ocurre: me parece que no es en modo alguno más divina ni más sagrada que las demás enfermedades, sino que tiene una causa natural. Pero los hombres creyeron que su causa era divina o por inexperiencia o por el carácter maravilloso de la dolencia, que no se parece en nada a las otras enfermedades. Y si la imposibilidad de conocer lo divino confirma su punto de vista, la banalidad del sistema de curación que adoptan lo contradice, dado que la tratan por medio de purificaciones y encantamientos.¹ Ahora bien, si se ha de considerar divina por sus extraordinarios rasgos, serán muchas las enfermedades sagradas y no una sola, porque yo demostraré que aquellas otras a quienes nadie considera sagradas no son menos extraordinarias ni prodigiosas. Por un lado, las fiebres cotidianas, tercianas y cuartanas, cuyo carácter no se considera extraordinario, no me parecen en modo alguno menos sagradas y de origen menos divino que esta enfermedad;² por otro lado, veo que los hombres están fuera de sí y delirán sin ninguna causa evidente y que realizan muchos actos intempestivos, y sé que muchos hombres gimen y gritan en sueños, que otros se ahogan y que otros saltan del lecho y huyen de su casa y están delirando hasta que despiertan, y que luego están sanos y cuerdos como antes, aunque pálidos y débiles; y esto ocurre no una sola vez, sino muchas. Hay, particularmente, otros muchos casos variados, pero hablar de cada uno de ellos nos obligaría a extendernos mucho.

II. — Yo creo que los primeros en considerar sagrada esta enfermedad fueron hombres del tipo de los magos, purificadores, charlatanes y embusteros aún hoy existentes.³ También éstos presumen de muy piadosos y de saber más que nadie. Y en efecto, estos hombres, amparándose en lo divino, utilizándolo como pretexto de su incapacidad para encontrar un remedio que con su administración reportase alguna utilidad, y para no ser tachados de ignorantes, consideraron sagrada esta afección; y después de haber inventado una historia adecuada, establecieron un proceso curativo de acuerdo con su seguridad personal, prescribiendo purificaciones y encantamientos, y ordenando abstenerse de los baños y de los muchos alimentos inadecuados para los enfermos; de entre el pescado marino, el salmónete, la raya,⁴ el mujól y la anguila (pues son muy dañinos); de entre las carnes, la cabra, el ciervo, el cerdo y el perro (pues estas carnes son las que más trastornan el estómago); en entre las aves, el gallo, la tórtola, la avutarda, y cuantas son consideradas especialmente indigestas; de entre

1. Acerca de los ritos de purificación en general, véase MOULINIER, *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs*, París, 1952, y sobre el "ensalmo", LAÍN, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, Madrid, 1958.

2. Sobre la idea de lo divino en el Corpus hipocrático cfr. A. H. MILLER, *The concept of the divine in De morbo sacro* (TAPHAss, 1953, I y sig.). Para el sentido de *περφοσις ἐμπερνής* y su posible empleo en Tucídides, cfr. K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften*, Heidelberg, 1954, 8 y sig. *περφοσις*

vale aquí como "causa". Cfr. además, H.-W. NÖRENBERG, *Das göttliche und die Natur in der Schrift über die heilige Krankheit*, Bonn, 1968.

3. Sobre los "magos y charlatanes", que por esta época abundan más de lo que uno estaría tentado a pensar (cfr. DODDS, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, 1960, 131 sig.), Platón ofrece interesantes informaciones.

4. Se trata de la *oblata melanurus* (cfr. OPIANO, *Haliéutica*, I, 98).

las hortalizas, la menta, el ajo y la cebolla (pues lo picante en modo alguno conviene a un enfermo). En cuanto al vestido, prescribieron no llevarlo negro (pues el negro es símbolo de muerte). Asimismo ordenaron que no se permaneciera acostado sobre una piel de cabra ni que la llevara puesta, y que no tuviera un pie sobre el otro, ni una mano sobre la otra (pues todas estas acciones son impedimentos).⁵ Estas prescripciones las hacen a causa de la naturaleza divina de la enfermedad, como si supiesen más que nadie, y tuvieran otros motivos para ello, de modo que, si el enfermo sanara, fuera para ellos la fama y la habilidad, pero si muriera, tuviesen segura su defensa, aduciendo como excusa el que ellos no son en absoluto responsables, sino la divinidad, pues ellos no le han dado ningún medicamento para comer ni para beber, ni han recurrido a los baños para ser responsables. Ahora yo opino que de entre los libios del interior, ninguno debería gozar de buena salud, puesto que se acuestan sobre pieles de cabra y se alimentan de carne de cabra, ya que no poseen ni mantas, ni vestido, ni calzado que no sea de cabra. En realidad, la única clase de ganado que poseen son las cabras. Y si el comer carne o suministrarla provoca la enfermedad y la hace progresar, mientras que el no comerla la cura, el dios no es absolutamente su responsable, ni le son útiles las purificaciones, sino que son los alimentos lo que curan o perjudican, y así el poder del dios queda reducido a la nada.

III. — Así, pues, quienes intentan curar esta enfermedad con tal método me parece que no la consideran ni sagrada ni divina. En efecto: desde el momento en que unas purificaciones y una terapéutica de tal índole la alejan, ¿qué impide que otros medios similares la provoquen en los hombres y la hagan recaer sobre ellos? Y así ya no es responsable la divinidad, sino alguna causa humana: pues quien es capaz de alejar tal afección con sus purificaciones y sus artes mágicas, éste mismo también debería poder ocasionarla con otros medios; y con este razonamiento se destruye su naturaleza divina. Por medio de discursos y prácticas de tal índole se jactan de saber más que nadie y engañan completamente a los hombres prescribiéndoles purificaciones y expiaciones; y la mayor parte de sus discursos versan sobre lo divino y demoníaco. Y en verdad, a mí me parece que sus discursos no revelan piedad, como creen, sino más bien la impiedad, ya que implica que los dioses no existen. De hecho, su piedad y religiosidad es impiedad y sacrilegio, como voy a demostrar.

IV. — Y, efectivamente, si quienes practican tales artes sostienen que saben hacer descender la luna⁶ y eclipsar el sol y producir la tempestad y el buen tiempo y la lluvia y la sequedad, y que saben convertir el mar en infranqueable y la tierra en infecunda, y que saben realizar otras empresas del mismo género, y afirman que esto puede ocurrir por medio ya de unos ritos mágicos ya de cualquier otro conocimiento u práctica, a mí me parece que tales hombres son impíos y que no creen ni en la existencia de los dioses, ni en su fuerza, ni en su capacidad para impedir ninguna de estas acciones extremas y si esto hacen, los dioses no les causan temor alguno,⁷ pues si un hombre con ritos mágicos y sacrificios hace descender la luna y eclipsar el sol y causa la tempestad y el buen tiempo, yo no puedo creer que ninguno de estos fenómenos es de naturaleza divina sino humana, si efectivamente el poder de la divinidad es dominado y sometido por el conocimiento humano. Pero tal vez las cosas no ocurren así, sino que estos hombres, necesitados de medios de vida, inventan y tejen muchas y variadas historias acerca de todos los demás asuntos y en especial acerca de esta

5. Obsérvese la mezcla de prácticas dietéticas y creencias supersticiosas, algunas de las cuales acaso procedan del pitagorismo, aunque de origen primariamente popular. Sobre las prohibiciones pitagóricas cfr. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, Cambridge, 1962, I, 188 sig.

6. Según un escolio al argumento de Teócrito, *Idilios*, II, este poeta imitó a Sofrón en

este idilio (El mimo de Sofrón parece ser el titulado Αἱ γυναῖκες αἱ τῶν Σεληγῶν φωνεῖ ἐελᾶν, en el cual, según Ateneo, XI, 480 b, jugaba un cierto papel la magia). Todo ello hace muy probable la conjetura de Wilamowitz —adoptada por nosotros— κατάγειν en vez del texto de los códices καθαιρεῖν.

7. Texto inseguro.

enfermedad, atribuyendo a un dios la responsabilidad de cada uno de los aspectos de esta afección. En efecto, si uno imita a una cabra y si rechina los dientes o sufre convulsiones en su parte derecha, afirman que la responsable es la madre de los dioses.⁹ Si emite gritos muy fuertes y agudos, lo comparan a un caballo, y afirman que el responsable es Posidón. Si se le escapa algún excremento, como sucede a menudo a quienes están bajos los efectos de la enfermedad, le dan el nombre de Enodia; si los excrementos son más frecuentes y menudos, como los de los pájaros, el responsable es Apolo Nomio. Si echa espuma por la boca y patalea, Ares es el responsable. Respecto a los que de noche sufren terror y miedo y demencia y saltan de la cama y huyen fuera de casa, afirman que sufren ataques de Hécate y asaltos de los héroes. Y hacen uso de purificaciones y encantamientos, y llevan a cabo una acción muy impía y sacrilega, al menos a mi parecer, pues purifican a los que están poseídos por la enfermedad con sangre y otros procedimientos similares, como si tuvieran alguna impureza, o como a los criminales o a los hechizados por los hombres, o a los que han cometido alguna acción impía, mientras que deberían hacer todo lo contrario, sacrificar y suplicar y llevarlos a los templos e implorar a los dioses. Pero la verdad es que no hacen nada de esto, sino que los purifican, y de los restos de las purificaciones, unos los esconden bajo tierra, otros los echan al mar, otros se los llevan a los montes donde nadie los tocará ni los pisará; mientras que deberían llevarlos a los templos y ofrecerlos al dios, si en verdad el dios es el responsable. Sin embargo, yo no creo que el cuerpo del hombre, el ser más preciado, sea contaminado por un dios, el ser más sagrado: pero si por casualidad fuese contaminado o afectado de algún modo por otro, por obra del dios, el dios le purificaría y santificaría más que contaminarle. Pues lo divino es para nosotros lo que nos purifica y nos santifica y nos lava las más grandes e impías faltas; y nosotros mismos señalamos los límites de los templos y de los recintos consagrados a los dioses para que ningún impuro los franquee;⁹ y nosotros al entrar en ellos nos esperjamos, no porque temamos contagiarnos, sino para purificarnos, por si antes teníamos alguna impureza. Tal es mi opinión acerca de las purificaciones.

V.—A esta enfermedad no la considero más divina que las restantes, sino que tiene idéntica naturaleza que las demás enfermedades y la misma causa de donde cada una deriva.⁹ Y no es menos curable que las otras a no ser que haya arraigado de tal modo por el largo tiempo transcurrido, que sea ya más poderosa que los remedios aplicados. Su origen, como en las demás enfermedades, es hereditario¹⁰ pues si de un flemático nace un flemático, de un bilioso un bilioso, de un tísico un tísico, de un esplénico un esplénico,¹¹ ¿qué impide que, si el padre o la madre estaban afectados por cualquier enfermedad, también lo estén algunos de sus hijos. Pues el semen proviene de todas las partes del cuerpo,¹² el sano de las partes sanas, el enfermo de las enfermas. He aquí otra prueba importante de que no es más sagrada que las restantes enfermedades: a los flemáticos les viene dada por naturaleza, en

8. La creencia según la cual los diversos dioses causaban afecciones distintas era bastante corriente en Grecia (y, por supuesto, un resto de la "mentalidad arcaica"). En Platón hallamos la curiosa transposición de estas creencias al plano metafísico (cfr. *Fedro*, 264 c y sig. y *Lasso de la Vega, El Eros pedagógico en Platón (apud GALIANO, ADRADOS, LASSO, El descubrimiento del amor en Grecia, Madrid, 1959, 105 sig.)*).

9. En Olimpia, por ejemplo, estaba prohibido enterrar a los muertos para evitar el contacto de una tierra sagrada con la impureza del cadáver. Lo mismo ocurre en Delfos (cfr. *Tuc. III, 104*). En general, cfr. NILSSON, *Geschichte der gr. Religion*, I^o, 1955, 71 y sig., así como el libro ya citado de Moulinier.

10. Hasta hace poco ésa era también la creencia general entre los médicos, pero hoy en día destacados neurólogos señalan el carácter secundario de la herencia en la etiología de la epilepsia (el porcentaje que se da es de un 5 %). Sí influye, por el contrario la "herencia indirecta" o predisposición específica a enfermar. Los hijos de alcohólicos, por ejemplo, suelen heredar la predisposición a la epilepsia. Sobre las creencias griegas en torno a la herencia cfr. W. HAEDICKE, *Die Gedanken der Griechen über Familienherkunft und Vererbung*, Halle, 1936.

11. Esplénico es el individuo que padece de afecciones del bazo (en griego σπλήν).

12. Aunque esta doctrina es falsa, hay en ella un oscuro vislumbre de las doctrinas merdelianas.

cambio a los biliosos no; sin embargo, si es más divina que las otras, esta enfermedad debería afectar del mismo modo a todos y no distinguir a los biliosos de los flemáticos.

VI. — La verdadera raíz de esta dolencia, como también de las demás enfermedades, está en el cerebro,¹³ y expondré con toda claridad de qué modo y por qué motivo surge. El cerebro humano, como el de los restantes seres vivos, consta de dos partes. Una sutil membrana lo parte por la mitad; por esto no siempre duele la misma parte de la cabeza, sino que alternativamente una u otra, y a veces toda la cabeza. Al cerebro se dirigen las venas¹⁴ procedentes de todo el cuerpo, muchas finas y dos gruesas, una procedente del hígado y la otra del bazo. La que procede del hígado tiene la siguiente constitución: una parte de la vena se dirige hacia abajo, por la parte derecha del cuerpo, justo al lado del riñón y de los músculos lumbares, en dirección a la parte interna del muslo y llega hasta el pie. Su nombre es *vena cava*.¹⁵ La otra parte se dirige hacia arriba, a través del diafragma y pulmón derechos; luego se ramifica en dirección al corazón y brazo derecho; la parte restante continúa subiendo a través de la clavícula hacia el lado derecho del cuello, a flor de piel, de modo que es muy visible; a la altura de la oreja se esconde y allí se ramifica, formando una rama en el cerebro la parte más espesa, más gruesa y más cóncava, y otra rama en la oreja derecha, otra en el ojo derecho y otra en la nariz. Ésta es la constitución de las venas que proceden del hígado. También la vena que procede del bazo se dirige hacia arriba y hacia abajo, por el lado izquierdo, como la que procede del hígado, pero es más fina y más débil.

VII. — La mayor parte de nuestra respiración la realizamos a través de estas venas.¹⁶ En efecto, ellas constituyen los órganos respiratorios de nuestro cuerpo por medio de la atracción que ejercen sobre el aire, al que canalizan hacia el resto del cuerpo por el conducto de las venas pequeñas, y después de refrigerarlo lo expulsan de nuevo. En efecto, la respiración no puede permanecer inmóvil, sino que se propaga en sentido ascendente y descendente. Pues si se detuviera en alguna parte y se quedara paralizada, el lugar concreto en que se hubiese detenido quedaría incapacitado para el movimiento. Sirve de prueba el hecho de que, cuando una persona tumbada o sentada oprime las venas pequeñas, de manera que la respiración no pueda pasar a través de las venas, al punto se entumece. Tal es la naturaleza de las venas.

VIII. — Además, esta enfermedad afecta a los flemáticos mas no a los biliosos. Empieza a producirse en el embrión, cuando aún está en el interior de la matriz: pues el cerebro se

13. Para explicar la patogenia epiléptica se han avanzado varias hipótesis (alérgica, tóxica, dinámica, etc.). La causa, desde luego, parece radicar en el cerebro: "Los centros corticales cerebrales son los primeros en perturbarse por los estímulos anormales" (MATTIOTO, *apud* SEGATORE, *Enciclopedia médica*, s. v. "Epilepsia"). La razón se halla, pues, en las alteraciones anatómicas cerebrales, y los nervios juegan, por lo tanto, un alto papel. Cfr. además, JOLY, *Le niveau de la science hippocratique*, 214 y sig.

14. En el Corpus hipocrático se da el mismo nombre a venas y arterias. Parece que fue Praxágoras de Cos, discípulo de Hipócrates o de alguno de los discípulos del maestro, el primero en distinguir las (cfr. STECKERL, *Praxagoras of Cos*, Leiden, 1958, frg. 11 y FREDRICH, *Hippokratische Untersuchungen*, Berlín, 1899, 57 y sig.). Tal era asimismo la tesis de JAEGER (*Hermes*, 48, p. 62, nota 1). Es curioso que Aristóteles no hable de esa distinción (cfr. *Parva naturalia*, III, *Sobre el sueño y la vigilia*, 3, 456 a

35). En general, cfr. FREDRICH, *Hippokratische Untersuchungen*, 57 (y ya antes, LITTRÉ, I, 201). Era creencia que las arterias contenían aire y las venas sangre (debido a que sólo se estudiaban cadáveres y aún normalmente sólo de animales), y con la muerte, las arterias se vacían).

15. El nombre de vena cava procede del griego *καίλη*, traducido al latín por *cava*.

16. Era ésta creencia común en la medicina antigua, compartida por Diocles de Caristo entre otros eximios médicos. Sobre la cuestión de la posibilidad de una remota idea de circulación sanguínea, cfr. ABEL, *Die Lehre vom Blutkreislauf im Corpus hippocraticum*, Hermes, 1958, 192. Los principales textos sobre el pulso (sobre todo en la medicina galénica) han sido editados por TOVAR (*Obras de Galeno*, vol. XII, Buenos Aires, 1948) y DEICHGRÄBER (*Die empirische Schule*, Berlín, 1965², p. 172 y *passim*).

purifica y crece, como las demás partes, antes del nacimiento.¹⁷ Si queda purificado perfectamente y en la justa medida después de esta depuración, y si el flujo formado no es ni mayor ni menor que el necesario, el individuo tiene una cabeza enteramente sana. Pero si el flujo procedente de todo el cerebro es abundante en exceso y se produce una copiosa delicuescencia, el individuo, al crecer, tendrá una cabeza malsana y llena de ruidos y no soportará ni el sol ni el frío. Si el flujo procede de una sola parte, de un ojo o de una oreja, o si una vena se reduce, queda dañada aquella parte proporcionalmente a la delicuescencia producida; si no se realiza la depuración, antes al contrario, se produce una congestión en el cerebro, e inevitable que en tales condiciones el individuo sea flemático. Y aquellos individuos que en su infancia sufren erupciones ulcerosas en la cabeza, en la oreja y en la piel, con segregación de saliva y moco, con el paso de los años estas llagas desaparecen muy fácilmente; pues por esta vía escapa y se depura el flema que debía haberse purificado en la matriz. Los individuos así purificados no son, por lo general, propensos a esta enfermedad. Por el contrario, los que son puros y a los que no les sale ninguna pústula, ni moco, ni saliva y tampoco han realizado la purificación en la matriz, éstos corren el peligro de ser afectados por esta enfermedad.

IX. — Si el flujo avanza hacia el corazón, el enfermo sufre palpitaciones¹⁸ y asma, y se le oprime el pecho; algunos incluso se vuelven jorobados. Pues cuando el flema frío baja hacia el pulmón y el corazón, la sangre se enfría; las venas enfriadas por la fuerza laten contra el pulmón y el corazón, y el corazón palpita con violencia, de modo que inevitablemente se originan el asma¹⁹ y la ortopnea.²⁰ En efecto, el enfermo no puede recibir la cantidad de respiración que quiere hasta que no es vencida, calentada y desparramada por las venas la parte del flema que ha fluido; luego cesan las palpitaciones y el asma. Y cesan de acuerdo con la cantidad de flujo: si sigue afluyendo en cantidad, cesan con mayor lentitud; si la afluencia es más pequeña, con mayor rapidez. Cuanto más frecuentes sean los flujos, más frecuentes serán los ataques de epilepsia. Por consiguiente, se producen estos síntomas si el flujo se dirige al pulmón o al corazón, y, por el contrario, si se dirige al intestino, sobreviene un ataque de diarrea.

X. — Ahora bien, si estas vías le son cerradas y el flujo marcha hacia las venas antes mencionadas, el enfermo enmudece, se ahoga, babea, rechina los dientes, sus manos se contraen, los ojos se extravían y pierde la cordura. A algunos incluso se les escapan los excrementos.²¹

Voy a exponer cómo se producen cada uno de estos fenómenos. El enfermo enmudece cuando el flema afluye repentinamente a las venas y obstruye el aire, y éste no puede llegar ni al cerebro, ni a las venas cavas, ni al intestino. En estas circunstancias interrumpe la respiración: pues cuando un hombre inspira a través de la boca y la nariz, la respiración llega en primer lugar al cerebro, luego y en su mayor parte al intestino, un poco al pulmón y un poco a las venas. A continuación se dispersa hacia las restantes partes del cuerpo a través de las venas. La respiración que llega al intestino sirve para enfriarlo, no teniendo otra misión; pero el aire que llega al pulmón y a las venas, penetrando en el abdomen y en el cerebro tiene una utilidad: originar el pensamiento y transmitir el movimiento a los miembros,²² de manera que, cuando el flema separa las venas del aire y les impide acogerlo,

17. Sobre las ideas antiguas acerca del desarrollo del feto, casi siempre estudiado en los animales, cfr. ARISTÓTELES, *Sobre la generación de los animales*, II, 6, 741 a y sig.

18. *παλμός* es el término que, más adelante, servirá para designar el pulso.

19. La violencia de las palpitaciones es un típico síntoma de los ataques de asma. Dicho término deriva del gr. *ἄσθμα* (jadeo). De los varios tipos conocidos por la medicina moderna

(la alérgica y la cardíaca) nuestro texto se refiere sólo a la primera. Los antiguos no conocieron el asma cardíaca.

20. Trastorno respiratorio típico del asmático.

21. Nótese la exactitud de la sintomatología.

22. Recuértese que la medicina hipocrática desconoce la función de los nervios.

incapacita al hombre para hablar y para pensar. Las manos se vuelven impotentes y se contraen, debido a la inmovilidad y a la falta de dispersión de la sangre, dispersión antes habitual. Los ojos se extravían, debido a la privación de aire que han experimentado las venas pequeñas y a su violenta palpitación. De la boca sale una saliva espumeante procedente del pulmón; pues cuando no le llega la respiración, espumea y produce estertores como si estuviera a punto de morir. Y los excrementos se deslizan forzosamente debido al ahogo.²³ Se produce ese ahogo²⁴ porque el hígado y la parte superior del intestino están chocando contra el diafragma y el esófago está aislado del estómago; choque que se produce cuando no entra la cantidad habitual de respiración en la boca. Cocea con los pies cuando el aire está encerrado en los miembros y el flema le impide deslizarse fuera; entonces, marchando hacia arriba y hacia abajo a través de la sangre, engendra espasmos y dolores, y por esta razón el enfermo da coces. Todos estos fenómenos se verifican cuando el flema frío afluye a la sangre caliente; pues la sangre se enfría y se paraliza; y si el flujo es copioso y denso causa la muerte instantáneamente, porque con su frío domina a la sangre y la coagula; por el contrario, si afluye en menor cantidad, la domina sólo momentáneamente obstruyendo la respiración; luego, con el tiempo, al desparramarse por las venas y mezclarse con la sangre abundante y caliente que allí hay, si con ello es vencido, las venas reciben el aire y restituyen la inteligencia.

XI. — La mayor parte de quienes son afectados por esta enfermedad en la tierna edad muere si el flujo es abundante y sopla viento del sur; pues las venas pequeñas al ser finas no pueden acoger el flema debido a su espesor y abundancia, sino que la sangre se enfría y coagula. En tales condiciones el niño muere. Pero si el flujo es escaso y afluye hacia ambas venas o hacia una sola parte, el niño sobrevive, si bien queda marcado. En efecto, se mantienen dislocados la boca o un ojo o una mano o el cuello, según el lugar en que la vena pequeña, cubierta por el flema, ha sido vencida o reducida de tamaño. Por consiguiente, esta vena pequeña es la causa inevitable de que la parte dañada del cuerpo sea más débil y deficiente. Pero con el tiempo se convierte, por lo general, en una ventaja, pues el niño que ha quedado marcado por la enfermedad ya no es propenso a ella y esto por las siguientes razones: como consecuencia de este estado de necesidad, las restantes venas también están dañadas o parcialmente reducidas, de manera que pueden acoger el aire, pero la corriente de flema ya no puede afluir como antes. No obstante, es natural que los miembros sean más débiles, puesto que las venas han sido dañadas. En cambio, los niños a los que afectó el flujo mientras soplabla el viento del norte y en muy poca cantidad y en la parte derecha, sobreviven sin ninguna señal, pero corren el peligro de que la enfermedad se alimente y crezca con ellos, si no se les trata con los remedios adecuados. Éste es, o muy semejante a éste, el desarrollo de la enfermedad en los niños.

XII. — Cuando los adultos contraen esta dolencia, no les produce la muerte, ni deformidad, pues sus venas son cóncavas y están llenas de sangre caliente, por lo que el flema no puede vencer ni enfriar la sangre, hasta coagularse, sino que es él el vencido y el que se mezcla rápidamente con la sangre. En consecuencia, las venas pueden acoger el aire y la inteligencia se mantiene inmutable, y el enfermo, gracias a su resistencia, está menos expuesto a los síntomas anteriormente mencionados. Cuando esta enfermedad afecta a personas muy ancianas les causa la muerte o les produce una hemiplejía,²⁵ porque las venas están vacías y la sangre circula en poca cantidad y es débil y acuosa. Por consiguiente, si el flujo es copioso y afluye en invierno causa la muerte, pues obtura la respiración y coagula la sangre, en el caso de que el flujo se dirija hacia ambas partes del cuerpo. Por el contrario, si sólo afluye en una dirección, produce la hemiplejía; en efecto, la sangre que es débil, fría y escasa no puede vencer al flujo, antes al contrario es ella la vencida y la coagulada, de modo que

23. Debido a la relajación del esfínter.

25. Hoy se sabe que en los enfermos la

24. Tal *apnea* está causada por la contracción de los músculos respiratorios durante el ataque asmal.

dolencia puede originar tumores cerebrales y arteriosclerosis cerebral.

aquellas partes del cuerpo en que la sangre ha sido corrompida, quedan imposibilitadas para el movimiento.

XIII. — La afluencia de flema es más frecuente hacia el lado derecho que hacia el izquierdo, puesto que en el derecho las venas son más cóncavas y más numerosas que en el izquierdo. El flujo y la delicuescencia se originan de manera especial en los niños, cuando su cabeza ha sido calentada por el sol o por el fuego y acto seguido el cerebro se ha enfriado repentinamente. En estas condiciones se produce una secreción de flema. En efecto, la delicuescencia se produce por el calentamiento y dilatación del cerebro; la secreción y la consecuente afluencia vienen dadas por el enfriamiento y solidificación cerebrales. En algunos casos éste es el motivo; en otros también puede serlo la sustitución repentina del viento de septentrión por el viento del mediodía, que desata y afloja el cerebro compacto y en buen estado de salud, de modo que el flema se desborda y da origen así al flujo. También puede producirse una afluencia por un oscuro temor o si el enfermo se asusta por un grito o si en medio del llanto no puede recobrar el aliento con rapidez, como les ocurre a menudo a los niños. Si ocurre cualquiera de estos casos, al punto los estremecimientos convulsionan su cuerpo y el enfermo no puede ni hablar ni respirar, antes al contrario la respiración se interrumpe, el cerebro se condensa y la sangre se estaciona y así la flema se separa y afluye. En principio, tales son las causas del ataque en los niños. Para los adultos el peor enemigo es el invierno, pues pasan de calentarse la cabeza y el cerebro junto a un ardiente fuego, a un lugar frío, y entonces tiritan; o, a la inversa, de un lugar helado pasan al calor de un ardiente fuego, con lo cual experimentan los mismos fenómenos y dan así origen al ataque, conforme a lo descrito anteriormente. Existe un grave peligro de que esto ocurra en la primavera cuando se expone la cabeza al sol. En verano el riesgo es menor, dado que no se producen cambios bruscos de temperatura. A partir de los veinte años de edad esta enfermedad ya no afecta a casi nadie excepto si es congénita. Pues las venas están muy llenas de sangre y el cerebro está consolidado y endurecido, de modo que no origina flujo hacia las venas; pero si llega a producirse una afluencia, no puede vencer a la sangre, que es abundante y caliente.

XIV. — Pero cuando la enfermedad ha crecido y se ha alimentado desde la infancia, estos fenómenos suelen verificarse durante los cambios de los vientos; el ataque, por lo general, suele sobrevenir si soplan vientos del mediodía. La superación del mal es difícil, pues el cerebro se vuelve más húmedo de lo natural y se desborda a causa del flema, de modo que los flujos se hacen más frecuentes, el flema ya no puede separarse, ni el cerebro secarse, antes bien se queda empapado y humedecido. Estos rasgos pueden apreciarse de un modo especial en los animales de pasto afectados por esta enfermedad, y principalmente en las cabras, que son las víctimas más propicias. Si se les hiende profundamente la cabeza, se encuentra que el cerebro está húmedo, completamente lleno de humor hidrópico y mal oliente.²⁰ Ante tal evidencia se reconocerá que no es la divinidad quien reporta perjuicios al cuerpo, sino que es la enfermedad. Por lo que al hombre atañe, la situación es exactamente la misma: en efecto, cuando la enfermedad es crónica, ya no hay posibilidad de curación, porque el cerebro ha sido corroído por el flema y se licua; la parte licuada se transforma en agua, rodea al cerebro por el exterior y baña su contorno. Por estos motivos ciertos individuos son atacados con mayor frecuencia y facilidad. La enfermedad es también duradera, porque el humor que circunda el cerebro es delgado a causa de su sobreabundancia y con presteza es vencido y calentado por la sangre.

26. Nótese un rasgo típico de la medicina hipocrática: conclusiones obtenidas por medio del estudio de los animales (procedimiento analógico lo llamará más tarde Galeno cfr. *Sobre las sectas a los principiantes*, capítulo III). El

examen del cadáver humano tímidamente iniciado, no llegará a su plena realización hasta Vesalio, en el siglo xvi, el verdadero creador de la anatomía moderna en su *De humani corporis fabrica*.

XV. — Quienes están habituados a la enfermedad predicen el momento en que va a producirse el ataque²⁷ y se alejan de los demás, y corren a refugiarse en su casa si ésta está cerca y si no, en un lugar solitario, donde pueda verles el menor número de personas. Inmediatamente se cubren la cabeza. Adoptan tales medidas por la vergüenza que les produce su afección y no por miedo a la divinidad, como piensan la mayoría. Los niños, en un principio,²⁸ caen allí donde se encuentran a causa de su inexperiencia; pero cuando ya han sufrido varios ataques de este tipo, en cuanto los presentes, huyen junto a su madre o junto a cualquier persona que conozcan bien, debido al miedo y temor que les produce su sufrimiento. Pues ellos aún no conocen la vergüenza.

XVI. — Por las razones que siguen afirmo que los ataques se producen durante los cambios de los vientos y principalmente cuando soplan vientos del mediodía, en segundo término del septentrión y por último los otros vientos; pues los primeros tienen mayor potencia que los restantes vientos y entrañan una oposición mutua muy poderosa, debido a su dirección y a su fuerza.²⁹ El viento del septentrión condensa el aire, separa los vapores turbios y las nubes y hace al aire radiante y diáfano; actúa también del mismo modo sobre los demás elementos, empezando por el mar y las otras aguas; es decir, separa de todos los elementos, incluidos los hombres, lo húmedo y lo oscuro, por ello es el más saludable de los vientos. El viento del mediodía produce efectos completamente contrarios. En primer lugar empieza por licuar y esparcir el aire condensado, en tanto que no sopla con violencia de entrada, sino que al principio está en calma, dado que no logra en seguida dominar el aire, que anteriormente era espeso y compacto. Pero con el tiempo llega a disolverlo. Idéntico efecto ejerce sobre la tierra, el mar, los ríos, las fuentes, los pozos y sobre todos los seres de naturaleza acuosa —en todos ocurre lo mismo, si bien en algunos más y en otros menos—. Todos estos seres notan la llegada de este viento y de luminosas se vuelven oscuras, de frías calientes y de secas húmedas. Incluso los recipientes de cerámica que están en las casas o bajo tierra, llenos de vino o de otro líquido, se ven afectados por la llegada del viento del mediodía y mudan de aspecto. El sol, la luna y los demás astros se vuelven mucho menos luminosos que de costumbre. Por tanto, desde el momento en que este viento tiene la fuerza suficiente para vencer a estos elementos que de sí son grandes y poderosos, y logra que el cuerpo la note y se transforme coincidiendo con las mutaciones de los vientos, en inevitable que el cerebro,³⁰ bajo los efectos del viento del mediodía, se disuelva y se vuelva húmedo y que las venas se aflojen, y en cambio que, bajo los efectos del viento de septentrión, la parte más sana del cerebro se condense, mientras que la más enfermiza y húmeda se separe y bañe su contorno exterior, y que de este modo los flujos sobrevengan durante los cambios de vientos. En estas condiciones nace esta enfermedad y crece por obra de fenómenos que penetran en el cuerpo o salen de él. En suma, que está en igualdad de condiciones que las demás enfermedades por lo que respecta a medios de reconocimiento y de curación, y no es más divina que las restantes.

XVII. — Los hombres deben saber que los placeres, las alegrías, la risa y las diversiones así como también las penas, las aflicciones y las inquietudes no se localizan en ningún otro

27. Es la llamada "aura" (término que procede de Galeno): sensación subjetiva que el individuo epiléptico advierte poco antes del ataque.

28. No parece que la epilepsia se dé en la más tierna infancia. Hipócrates, como después de él otros muchos, ha confundido la epilepsia con ciertas convulsiones parecidas a esa enfermedad (cfr. MARTINY, *Hippocrate et la médecine*, 212).

29. Obsérvese el fuerte influjo de la doctrina

de los "vientos" en este pasaje. En el tratado *περί πνεύμων* se desarrolla de un modo sistemático tal doctrina pneumática, que parece arrancar de la escuela siciliana (Filistión, Acrón), y sostenida por Diógenes de Apolonia. La siguen, más tarde, Diocles de Caristo y otros (cfr. WELLMANN, R. E. s. v. *Diokles*). Por el contrario parece que no la compartió Herófilo.

30. Nótese la presencia de los elementos de la doctrina de la relación entre macrocosmos y microcosmos, base de la climatología y la caracteriología posterior.

órgano sino en el cerebro.³¹ Gracias especialmente a él, pensamos, vemos, oímos y distinguimos lo feo de lo hermoso, lo malo de lo bueno, lo agradable de lo desagradable, discerniendo unas cualidades por la costumbre, percibiendo las otras por su utilidad. También por obra suya deliramos, enloquecemos, sufrimos la presencia de pesadillas, terrores, unas veces de noche, otras incluso durante el día, insomnios, extravíos injustificados, preocupaciones infundadas, desconocemos cosas habituales y realizamos actos insólitos. Todos estos fenómenos son producidos por el cerebro, cuando no está sano sino que se calienta o enfría más de lo natural, o se humedece o seca o experimenta cualquier otro fenómeno antinatural o inhabitual. La locura tiene por causa la humedad; pues cuando el cerebro tiene un exceso de humedad, necesita moverse y, al moverse, ni la vista ni el oído permanecen quietos, sino que ven y oyen ora una cosa ora otra, y la lengua expresa las cosas que viera y oyera en cada ocasión. Por el contrario, durante el tiempo en que el cerebro permanece inmóvil, el hombre conserva intactas sus facultades mentales.

XVIII. — La corrupción del cerebro se produce por causa del flema y de la bilis. El procedimiento para reconocer y distinguir ambas causas es el siguiente: los que enloquecen a causa del flema permanecen tranquilos sin gritar ni alborotar; en cambio los que enloquecen a causa de la bilis chillan y se agitan y no permanecen inmóviles sino que siempre andan haciendo algo raro. Si el estado de locura es continuo, éstas son sus causas. Pero si al enfermo se le presentan pesadillas y terrores, ello es debido a un cambio del cerebro. Tal cambio se verifica al calentarse; se calienta por la acción de la bilis, cuando ésta afluye al cerebro, procedente del cuerpo, a través de las venas sanguíneas; y el miedo persiste hasta que la bilis retorna de nuevo a las venas y al cuerpo; luego cesa. El enfermo se aflige y angustia sin razón cuando el cerebro se enfría y se contrae fuera de lo habitual. El flema es el causante de estos fenómenos, que a su vez comportan la pérdida de la memoria. Gritos y aullidos nocturnos, cuando el cerebro se calienta de repente, son los accesos propios de los biliosos, pero no de los flemáticos. El calentamiento tiene lugar cuando la sangre afluye al cerebro en gran cantidad y hierve.

XIX. — Por estas razones yo opino que el cerebro es un órgano de capital importancia en el hombre, pues es él quien nos interpreta los fenómenos procedentes del aire, cuando está sano, puesto que el aire le proporciona la posibilidad de pensar. Los ojos, las orejas, la lengua, las manos y los pies actúan en relación acorde con el conocimiento cerebral; pues la capacidad de pensar que hay en todo el cuerpo viene condicionada por la cantidad de aire que contiene.³² El cerebro es el mensajero de la inteligencia, pues cuando el hombre atrae la respiración hacia su interior, ésta llega en primer lugar al cerebro³³ y así el aire se dispersa hacia el resto del cuerpo tras haber dejado en el cerebro lo mejor de sí mismo y la facultad de pensar y conocer. Pues si llegara primero al cuerpo y en segundo lugar al cerebro, tras dejar en la carne y en las venas la capacidad de discernir, llegaría caliente al cerebro, y no puro, antes bien entremezclado con el humor procedente de la carne y de la sangre, de manera que habría perdido su auténtica esencia.

XX. — Por esta razón yo afirmo que el cerebro es el intérprete de la inteligencia. El diafragma, por otra parte, debe su nombre al azar y a la costumbre y no a la realidad ni a la naturaleza. Al menos yo ignoro qué poder tiene el diafragma para pensar y razonar,³⁴ excepción hecha de aquellas ocasiones en que, a raíz de una alegría o pena inesperadas para el hombre, el diafragma palpita y salta debido a su finura, a que se extiende en el cuerpo más que otros órganos y a que carece de una cavidad en la que se acoja aquella sensación buena o

31. Doctrina desarrollada más tarde por Herófilo: viendo que la mayor parte de los nervios nace en el cerebro, señaló este órgano como localización de la inteligencia (cfr. GALENO III, 607).

32. Nueva referencia a la doctrina pneumática.

33. Cfr. lo dicho en el cap. X.

34. Ya en Homero era considerado el asiento de la inteligencia.

mala. Pero, en ambos casos, la conmoción se debe a la debilidad de su naturaleza. Puesto que su percepción no es en modo alguno anterior a la de los otros órganos que se encuentran en el cuerpo, vano es su nombre y la razón de atribuírselo; como las partes del corazón denominadas aurículas, pero cuya contribución al oído es nula.³⁵ También hay algunos que dicen que pensamos con el corazón³⁶ y que es él quien se aflige y se preocupa: pero la realidad no es tal; el corazón tiene contracciones como el diafragma y además hay las razones siguientes: las venas procedentes de todo el cuerpo se dirigen al corazón y él las encierra en su interior de tal manera que advierte cualquier dolor o tensión que se produzca en el cuerpo humano.³⁷ Asimismo es inevitable que el cuerpo, cuando está afligido por un dolor, tiemble y se extienda, y que idénticos efectos se produzcan por causa de tener una alegría extraordinaria; puesto que todas estas sensaciones son percibidas por el corazón y el diafragma en su máxima intensidad. Para ello no implica que ninguno de los dos tenga relación con la capacidad de pensar. La verdadera causa de todos estos fenómenos es el cerebro. Por consiguiente, como es el primero de los órganos del cuerpo en percibir el pensamiento procedente del aire, por esta misma razón, si en el aire se produce algún cambio violento por causa de las estaciones, el cerebro también se modifica. Por lo tanto, afirmo que al cerebro le atacan las enfermedades más agudas, más graves, más mortales y más difíciles de reconocer para los inexpertos.

XXI. — En consecuencia esta enfermedad considerada sagrada nace a raíz de causas idénticas a las demás, es decir, de los elementos que se acercan y se alejan del cuerpo, como frío, el sol y los vientos, que cambian y nunca permanecen estables. Estas cosas son divinas, de modo que no hay ninguna necesidad de hacer distinciones con ella y considerarla más divina que las otras, todas son divinas y todas son humanas; y cada una tiene una naturaleza y esencia peculiares, pero ninguna es incurable ni irremediable. La mayoría son curables aplicando los mismos procedimientos que las originan; pues una cosa es alimento para otra, pero a veces también es su destrucción. Por consiguiente, el médico debe tener presente esta medida para alimentar una cosa y favorecer su crecimiento, pero a otra disminuirla y eliminarla, una vez reconocido el momento oportuno para aplicar cada una de estas intervenciones. Pues no sólo en ésta sino en todas las restantes enfermedades se debe impedir que el mal crezca y procurar eliminarlo suministrando a cada enfermedad lo que le sea más hostil y no lo que le sea habitual,³⁸ pues por la acción de los alimentos que le son habituales prospera y crece, mientras que por la acción de los que le son hostiles declina y se debilita. Y el que sepa, a base de un régimen alimenticio, producir en los hombres lo seco y lo húmedo, lo frío y lo caliente,³⁹ podrá curar también esta enfermedad, con tal de que sepa reconocer el momento oportuno para aplicar los medios provechosos, prescindiendo de purificaciones y magias.

35. *Auricula* es, en efecto, un término latino que significa *oído* (traducción del griego *ωτίον*): el nombre se le dio por su forma.

36. Cfr. lo dicho en el cap. XVII.

37. Nótese la confusión entre venas y nervios. Herófilo fue el primero en utilizar el término *νεύρον*, distinguiendo, por tanto, entre estos dos sistemas (cfr. GALENO, VIII, 212). También Praxágoras, que recibió influencias de He-

rófilo, ignoró, sin embargo, tal distinción (cfr. PRAXÁGORAS, frg. II St)“

38. Principio básico de la medicina alopática, característica de Hipócrates y su escuela.

39. Contra esta doctrina polemiza el autor del tratado “Sobre la medicina antigua”. Sobre el concepto de “cualidad”, cfr. H. W. MILLER, *Dynamis and physis in On Ancient Medicine* (TAPhAss 1952, 184 sig.).